

POR FERNANDO PAZ

50 AÑOS DE LA EVACUACIÓN ESPAÑOLA DEL SAHARA



A finales de los años 60, en Tarfaya, la localidad más meridional de la costa atlántica marroquí, un beduino llamado Mohamed Sidi Brahim Basir comenzó a difundir la idea de que el Sahara debía ser independiente de España al tiempo que evitaba las pretensiones anexionistas de Marruecos, aunque su movimiento, Harakat Tahrir, no promovía ni la lucha armada contra España ni una ruptura violenta con esta.

En junio de 1970, Basiri fue detenido tras unos graves incidentes políticos. La policía española lo puso en la frontera y lo entregó a Marruecos, ignorándose lo que fue de él a partir de ese momento. En todo caso, la eliminación de Basiri, un moderado, produjo una fuerte radicalización -de la que no habría marcha atrás- entre los saharauis, y apenas tres años más tarde surgiría el Frente Polisario.

Para entonces, España estaba considerando la concesión de la autonomía al territorio saharauí, adelantándose así a las ambiciones de Marruecos y Mauritania sobre el mismo. Se formó un partido pro-español, el PUNS (Partido de la Unión Nacional Saharaui) y se concedió a la Yemma -la asamblea de notables locales- algunas atribuciones con vistas a un cierto autogobierno. Pero los jóvenes saharauis no querían saber nada de todo aquello, y militaban o simpatizaban con el Polisario.

De modo que Madrid no se hacía ilusiones sobre su capacidad de retener el territorio. Además del Frente Polisario, la deriva descolonizadora en todo el mundo lo hacía imposible. España se dirigió entonces a la ONU para poner en marcha el proceso de independencia; se trataba de conseguir las mejores garantías para que el Sahara no fortaleciese a un Marruecos que pudiera amenazar la España africana (Ceuta, Melilla, Canarias y los peñones).

En su resolución 3458 B del 10 de diciembre de 1975, la ONU aceptó la propuesta española de celebrar un referéndum de autodeterminación. Marruecos, decididamente apoyado por Estados Unidos, no estaba dispuesto a permitirlo: los saharauis no querían ser anexionados al reino del norte. Entre tanto, con una increíble falta de visión, el Frente Polisario, sostenido por Argelia -que deseaba convertirse en la potencia regional dominante-, comenzó una serie de acciones terroristas destinadas a «liberar» el país y dotarse, así, de legitimidad política; acciones que provocarían, en parte, la caída del Sahara en manos de Rabat, dominación mucho menos deseable para los saharauis.

El momento álgido de la crisis coincidió con la agonía de Franco. Tampoco es que hiciera falta un olfato especial, pero es innegable que Hassan anduvo listo. Con el apoyo de Washington preparó un golpe de efecto; el 6 de noviembre de 1975 comenzaría la Marcha Verde, maquiavélica expresión del sentido político del sultán, en la que 350 000 civiles marroquíes cruzarían la frontera del territorio y se adentrarían en el Sahara. Lo que vino a continuación era previsible: un país carente de dirección y en pleno periodo de transición, se convirtió en la víctima ideal para el avezado ventajista de Rabat.

Aunque España estaba comprometida con el proceso y era su obligación llevarlo a cabo, el entonces príncipe de España aseguraba en El Aaiún que el ejército conservaría intacto su honor, mientras pactaba con Marruecos la retirada de las tropas españolas en la frontera a fin de evitar incidentes.

El embajador estadounidense, Wells Stabler, informado por el propio Juan Carlos, confiesa: «Madrid y Rabat han acordado que los manifestantes sólo entrarán unas pocas millas en el Sáhara español y que permanecerán un corto periodo de tiempo en la frontera, donde ya no hay tropas españolas». A fin de escenificarlo adecuadamente, y para mayor escarnio, a unos 50 marroquíes les fue permitido entrar en El Aaiún. A finales de 1975, Juan Carlos era el hombre de Washington en España, y le sabían dispuesto a pagar el precio de su ascenso al trono.

En La Paz, Franco agonizaba. Sabedor de que el Sahara podía llevar a la guerra con Hassan II, el Generalísimo se mostró decidido a aceptar el reto del monarca alauí: España había dado su palabra. Lo que ignoraba era que los políticos maniobraban a sus espaldas, dispuestos a impedirlo.

Un año antes, en noviembre de 1974, Henry Kissinger - reunido en Torrejón con el presidente de gobierno, Arias Navarro y con el titular de Exteriores, Pedro Cortina -, les había intimidado para que entregasen el territorio: «Qué más les da a ustedes. Hassan lo desea tanto...» La frase revelaba el verdadero propósito de Washington de expulsar a España de África, tal y como el propio Kissinger había expresado al presidente argelino, Houari Boumedién: «no nos interesa que España esté en África».

Los marroquíes sabían de la estrategia estadounidense, que les privilegiaba frente a España. Marruecos era un socio seguro frente a Argelia, aliada de la Unión Soviética; Argel, a su vez, sostenía al Polisario frente a Marruecos, dejando a España aislada.

En octubre de 1975, el sultán había recurrido al arbitraje internacional para que le fueran reconocidos sus derechos, pero la Corte Internacional de Justicia de la Haya determinó que jamás habían existido «vínculos jurídicos de soberanía territorial entre el Sahara Occidental y el Estado marroquí». Resultaba evidente que España podía negarse a aceptar las pretensiones de Hassan. Pese a ello, el aún príncipe de España acordó con éste los Acuerdos de Madrid, por los que el Sahara sería dirigido a través de una administración conjunta hispano-marroquí-mauritana, si bien la ONU no la reconoció en su momento y tampoco lo ha hecho desde entonces.

Los acuerdos incorporaban un anexo secreto por el que se cedía a los marroquíes los derechos de explotación del 65% de los fosfatos a cambio de una concesión de licencias de pesca para 800 barcos durante veinte años; huelga recordar que, una vez conseguido su objetivo, Hassan incumpliría su parte del tratado.

Por supuesto, los norteamericanos ni se molestaron en presionar a los marroquíes para que se mostrasen un poco más razonables; por el contrario, les hicieron saber su respaldo incondicional. Al respecto de España, el único interés de Washington era la renovación del acuerdo sobre las bases en nuestro territorio, que el régimen había puesto en peligro con sus veleidades soberanistas. Juan Carlos, en cambio, estaba dispuesto a complimentar obsequiosamente a los estadounidenses a cambio de su apoyo interno. De modo que Madrid y Washington firmaron el Tratado de Amistad y Cooperación, que sancionaba la presencia de las bases norteamericanas en la península, en enero de 1976.

El referéndum no se celebró jamás. España hizo dejación de su responsabilidad y Marruecos y Mauritania se repartieron el Sahara: dos tercios para Rabat y el tercio sur para Nuakchot. Mauritania renunció al poco tiempo sobre su parte sureña, y hoy solo ocupa la ciudad deshabitada de La Guaira, de origen español, en el extremo sur. Así que, desde entonces, la práctica totalidad del Sahara pertenece a Marruecos, bajo la denominación de «provincias meridionales».

La historia no podrá ignorar el flagrante incumplimiento de una España que, en su día, se obligó a mantener sus promesas. Las que hizo el príncipe Juan Carlos cuando aseguró que «España cumplirá sus compromisos. Deseamos proteger los legítimos derechos de la población saharauí»; o las de un joven Felipe González paseado entre las tiendas de campaña de Tinduf: «Nuestro partido estará con vosotros hasta la victoria final».

Cincuenta años nos contemplan.